

Ellos solos pueden ser dichosos en la tierra, porque para ellos no existe la realidad.
Yo gusto asomarme á su espíritu vagamundo, como se asoma uno á un abismo en cuyo fondo hierve un torrente que viene y va no sabe á donde.

Ahora bien: un día que visitaba una casa de locos, el médico que me acompañaba me dijo:

—Le voy á mostrar un loco interesante. Y mandó abrir una celda donde una mujer, como de unos cuarenta años, aún bella, sentada en un gran sillón, miraba obstinadamente su rostro en un espejillo de mano.

Desde que nos vió, se levantó, corrió al fondo de la habitación á buscar un velo que había sobre una silla: se envolvió la cara con gran cuidado, y volvió despues, contestando con una inclinacion de cabeza á nuestros saludos.

—¡Cómo vamos esta mañana?—la preguntó el doctor.

Ella lanzó un profundo suspiro.
—¡Oh! mal, muy mal.

Las señales de las viruelas se agrandan más cada día.

—No veo nada—replicó el doctor. Le aseguró se equivocó.

Acercóse la loza para murmurar casi al oído.

—No: estoy ciega. He contado diez agujeros esta mañana; tres en la mejilla derecha, cuatro en la izquierda y tres en la frente. ¡Es horrible, horrible! Ya no me podrá ver nadie, ni mi hijo ménos que ninguno. Estoy perdida, desfigurada para siempre.

Y cayó sobre un sillón empezando á sollozar.

El médico tomó una silla, se sentó á su lado, y con una voz dulce y consoladora.

—Véamos eso—le dijo.—Le digo que no es nada. Con una lijera cauterizacion hará desaparecer todo.

Ella respondió más con la cabeza que con las palabras, que no. El médico quiso levantarle el velo, pero la demente lo cogió en sus manos con tanta fuerza, que lo desgarró por donde puso los dedos.

—A vd. le enseñaré mi cara; pero á ese caballero que lo acompaña no.

—Es tambien médico—se apresuró á contestar el doctor.

Entónces se desenbrió el rostro; pero el miedo, la emoción, la vergüenza de ser vista, la pusieron roja hasta el cuello, que se hundía en su vestido de enajenada.

Bajo los ojos, volvió el rostro á derecha é izquierda para evitar nuestras miradas, y balbuceó:

—¡Oh! sufro horriblemente cuando me veo así sin velo en la cara.

Yo la contemplé bastante sorprendido, pues no tenía ninguna señal en la cara, ninguna mancha, ninguna cicatriz.

—Volvióse hácia mí con ojos siempre bajos, y me dijo:

—Cuidando á mi pobre hijo se me pegó esta espantosa enfermedad. Lo he salvado, pero he perdido mi belleza; despues de todo he hecho mi deber; mi conciencia está tranquila.

Levantóse el médico, y saludándola, salimos de la celda.

Ahora escucha—me dijo—la historia de esa desgraciada:

Es vinda. Fué muy bella, muy coqueta, muy amada. Era una de esas mujeres para quienes el deseo de agradar constituyen la aspiracion de su vida.

Tenía un hijo, el cual cayó un día con viruela. Apenas lo supo su madre, empezó para aquella mujer, consagrada exclusivamente al cuidado de su hermosura, una batalla espantosa.

Desde muy lejos preguntaba, á la mujer que cuidaba de su hijo, por su salud.

La mujer le contestó una vez:
—Muy mal. Quiere verla á usted.

—¡Oh! No, eso no—respondió ella.—Y salió corriendo. Tomó todo género de precauciones.

Fué á casa de un farmacéutico, surtiéndose de desinfectantes.

Un día por fin el médico le dijo:
—Aunque sea por la ventana, entre los dos habrá las puertas de cristales.

Consintió en ello la madre, se cubrió la cabeza, tomó un bote de sales, dió tres pasos hácia la ventana, ocultándose la cara entre sus manos, gimió.

—No. . . no me atreveré á verlo jamás. Me muero de miedo.

El moribundo esperó largo rato con los ojos vacíos hácia la ventana, para ver el rostro sagrado de su madre por última vez; pero aguardó en vano.

Vino la noche, y entónces volviéndose hácia la pared, no volvió á pronunciar una palabra.

Quando amaneció había muerto. Al día siguiente su madre estaba loca.
GUY DE MAUPASSANT.

EL UNICO BAILE.

EL verdadero nombre de la casa era el de la Granjería; pero en el pais la llamaban la casa del borde del agua, porque reflejaba en el lago su elevada te chumbre y su oscura fachada meridional.

Estaba aislada de las otras viviendas, al Mediodía por el lago y al Norte por huertos y viñedos.

Las espaciosas piezas, con sus paredes decoradas con frescos á la italiana y su mobiliaje del siglo XVIII, no ofrecian grandes comodidades, pero bastaban para los sencillos gustos de los propietarios, los Belmont de Vertier, dos esposos sexagenarios que vivían en la Granjería desde la época de su matrimonio, habiendo visto transcurrir allí cuarenta primaveras y otros tantos inviernos.

Para los dos ancianos era la Granjería la mansion más alegre del mundo.

Pero no opinaban del mismo modo las sobrinas de Belmont, dos huérfanas de diez y ocho á veinte años, que sus tíos habían recogido desde su más tierna edad. Despues de haber permanecido por espacio de cuatro años en un convento de Chambery, las dos hermanas, Margarita y Clemencia, se instalaron en la Granjería, donde pasaban una vida monótona, consagradas exclusivamente á las faenas domésticas.

Su única distraccion consistía en espiar, durante el verano, el paso del vapor que daba la vuelta al lago con su carga de viajeros de distintos países. Temblaban al oír el silbido de la máquina y veían alejarse el buque con verdadera pesadumbre.

Condolíanse las dos hermanas de que su juventud se consumiese en tan melancólico aislamiento, y los domingos en la iglesia pedían á Dios y á los santos que les deparara algun suceso imprevisto que rompiese la terrible monotonía de su existencia.

Al fin oyó el cielo sus plegarias. Una carta de Ginebra obligó al dueño de la Granjería á ausentarse por ocho días, y como los dos esposos, á imitacion de Filemon y Bancis, no podían vivir el uno sin el otro, resolvieron partir juntos, confiando su casa á la custodia de sus sobrinas.

Así, pues, una mañana de Julio, despues de haber hecho todo género de recomendaciones á Margarita y á Clemencia, los dos ancianos salieron de la Granjería en un coche cargado de paquetes y de provisiones como para un largo viaje y desaparecieron en la curva del camino de Annecy.

Solas y dueñas de la casa, las dos hermanas batieron palmas y empezaron á devanarse los sesos para inventar distracciones que pudieran hacerles patente su momentánea independencia. Pero no encontraban nada bueno, y al llegar el cuarto día, empezaban á no saber qué hacer de su libertad.

Mientras se hallaban ociosas en la galería contemplando el vuelo de las nubes, oyeron ruido de pasos y de voces en el vestibulo, y vieron entrar á dos jóvenes de su edad, dos primos lejanos que acababan de salir de la

escuela de Grenoble y que, al cruzar el lago, habían tenido la idea de ir á hacer una visita al tío y á la tía Belmont.

Margarita y Clemencia les dijeron que el matrimonio estaba ausente, y desearos de desempeñar su papel de dueñas de la casa, convidarlos á comer á los dos jóvenes.

—No era este el suceso inesperado que el cielo les deparaba al fin?

Acto continuo resolvieron aprovechar aquella inesperada visita y darse, una vez al ménos, en su vida, algo que trascendiera á fiesta y á baile.

Se encendieron todos los candelabros y arañas de la casa; se organizó un espléndido banquete y se hicieron riquísimos refrescos.

Despues de comer, los dos primos, acompañados de la criada, fueron introducidos solemnemente en el salon, iluminado á giorno.

A los pocos instantes abrióse de par en par una de las puertas laterales, y las dos hermanas, que se habían retirado á su cuarto con objeto de vestirse, se presentaron completamente metamorfoseadas.

Habían revuelto las cómodas y los cofres de la tía, é iban vestidas con antiguas faldas de ramaje que databan del tiempo de Maria Antonieta.

Alegres y sonrientes, agitaban vetustos abanicos y saludaban haciendo solemnes reverencias.

Los primos, por su parte, estaban encantados de la fiesta.

Abrióse el piano, que dormía en un extremo del salon, y una tras otra, las hermanas tocaron valses y polkas, mientras una sola pareja giraba por la espaciosa sala.

De cuando en cuando la criada servía refresco y golosinas á los convidados.

Embragados por la música y por el baile, los corazones de los cuatro jóvenes empezaban á palpar con violencia. Por las abiertas ventanas, el viento de la noche les traía perfumes de jazmin y de madreselva, que les sugerían enloquecedoras palabras de ternura.

Pasaban las horas, cuando de pronto entraron aterrados en la sala los esposos Belmont, que habían anticipado su viaje.

—¡Qué escándalo, Dios mío, qué escándalo!—exclamaba la tía, mientras que su marido apagaba presuroso las bajas de los candelabros.

Las dos hermanas se refugiaron en su cuarto y los dos primos emprendieron la fuga, dejando á los ancianos llenos de terror en medio del salon.

Han pasado muchos años y los esposos Belmont han muerto.

Los primos se han casado en lejanos países, y Margarita y Clemencia son dueñas absolutas de la casa del borde del agua.

Consúmense allí en el celibato, acostumbraadas á la soledad de la antigua mansion, y, como los tíos, repiten á cada paso que nada hay tan encantador en el mundo como la Granjería.

Pero en el fondo de su alma conservan, como en un santuario, el recuerdo de aquel baile improvisado—su único baile—y de aquellas frases galantes murmuradas por los dos primos, únicas frases de amor que sus castos oídos habían escuchado en su vida.

ANDRÉS THEURIET.

EL NIDO DEL RUISEÑOR.

Hay junto á la ventana de mi estancia un laurel, de la sombra protegido, en donde guarda un ruiseñor su nido apenas de mi mano á la distancia.

¡Cómo el verde follaje y la fragancia estese, ufaño, amante, requerido, dice su amor con lánguido quejido y dulce y elevada consonancia!

Las horas de la noche, una tras una, siguen el curso á la encantada luna;

Y en esta soledad el alma mía goza, sin envidiar cosa ninguna, de su quieta y feliz melancolía.

ANTONIO ROS DE OLANO.



ANGELINA.
NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.
(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

—No le robamos el tiempo?—preguntó la morena.

—No, señorita.

—De veras?—dijo la rubia.

—No.

—Pues entónces,—prorumpió Luisa—deje la pluma, y charlemos un rato.

—Como ustedes gusten.

—¿A que no sabe vd. de dónde venimos?

—De la iglesia; de las tiendas; vendrán de comprar perendengues y moños.

—¡No!—exclamaron á una.

—No acierto. . .

—Adivine vd. . . —dijo la morena.

—Adivine vd. . . —repitió la rubia.

—No acierto, señorita. . .

—¡Oyes, Luisa! ¡No acierta! Pues nosotros sabemos dónde estuvo vd. hace media hora. . .

—¡Ah! No es difícil saberlo. Acabo de llegar, y ustedes me verían salir de casa. . .

—¿Oyes, Terel? De. . . casa.

—Pues de allá salió hace una hora.

—¿Conque de casa, he?—murmuró la morena.—De casa!

Se miraron discretamente, y sonrieron.

Luisa, para lucir sus lindas manos, se compuso el peinado, afirmando las horquillas con la punta de los dedos. Teresa se acomodó en el asiento, dejándose ver los piés, primeramente calzados, luego cerró de un golpe el abanico, fingió que arreglaba las varillas, bajó los ojos, y despues de un rato de silencio, repitió, viéndose de hito en hito:

—¿Conque de casa, eh?

Me eché á reír. Aquel conque era la mu-

letilla de las señoritas Castro Pérez, y en Villaverde cuando de ellas se hablaba, todos decían: *las niñas Castro Conque.*

—¿De qué se rie vd?—preguntó contrariada la rubia.

—De nada. Son ustedes muy maliciosas. . .

—¡Conque de casa!—volvió á decir.—No sabemos que vivía vd. allí, en el *pa. . . la. . . cio de la marquesita!* ¿Por qué no avisa vd. cuando muda de casa?

La tormenta estaba encima.

—Son ustedes muy maliciosas. Es cierto que estuve en la casa del Sr. Fernández. . . ¿y qué?

—¡Vaya! ¡Vaya! Confiése vd. . . —exclamó Luisa, abanicándose.

—Nada tiene de extraño. Ya saben ustedes que los negocios. . . Fué á recoger una firma.

—¡Puede! Si nosotros estábamos allá. . . Fuimos á pagar la visita. Ya nos daba vergüenza ver á Gabriela. Figúrese vd. que hace más de un año que vino acá. Papá decía á cada rato: «Niñas. . . ¡ya pagaron esa visita!» Nosotras no queríamos ir. . . porque la verdad. . .

—No la digas,—interrumpió la morena—no la digas, que Rodolfo es de los interesados.

—¡Adiós! ¿Y por qué no? Una es muy dueña de decir lo que quiera. . .

—Sí, pero. . . no á todo el mundo. ¿No ves que Rodolfo. . .

—Diga vd., Teresa, diga vd!

—¡No, Terel!—suplicó Luisa.